

lio. En la noche de este día era efectivamente cuando debían ponerse en ejecución los proyectos de la corte. Sin embargo, viendo Delaunay que no era socorrido y que el encarnizamiento del pueblo aumentaba, apodérase de una mecha encendida y quiere volar la fortaleza; pero la guarnición se opone, obligándole a rendirse. Hechas las señales, se baja un puente; los sitiadores se acercan prometiendo no hacer daño alguno, pero la multitud se precipita é invade los patios. Los suizos consiguen escapar, y los inválidos se libran sólo del furor del pueblo por la abnegación de los guardias franceses. En aquel momento preséntase una hermosa joven temblando de espanto; créese que es la hija del gobernador, y apodéranse de ella para quemarla, cuando un valeroso soldado se lanza entre aquellos furiosos, arráncales su víctima de las manos, corre á depositarla en sitio seguro y vuelve á la refriega.

Eran las cinco y media: los electores estaban poseídos de la más cruel ansiedad, cuando oyen un murmullo sordo y prolongado, y á poco penetra en el edificio una multitud gritando victoria. La sala es invadida en un momento; el pueblo lleva en triunfo á un guardia francés, cubierto de heridas y coronado de laurel; en la punta de una bayoneta se ve el reglamento y las llaves de la Bastilla; una mano ensangrentada elevase sobre la multitud para enseñar la hebilla de un corbatín; es la del gobernador Delaunay, que acaba de ser degollado, á pesar del valor con que le defendieron los dos guardias franceses Elie y Hullín. Contábanse también otras víctimas á quienes no pudo librar de la ferocidad del populacho el heroísmo de sus protectores. La multitud comenzaba á enfurecerse contra Flesselles, el preboste de los mercaderes, á quien acusaba de traición, pretendiendo que había engañado al pueblo, prometiéndole armas que después no le quiso dar. La sala estaba llena de hombres, dominados aún por la excitación de un prolongado combate, y oprimidos por otros cien mil, que habiéndose quedado fuera querían entrar. Esforzábanse los electores por justificar á Flesselles á los ojos de la multitud; y como éste comenzase á perder la serenidad, palideció un poco y exclamó: «Puesto que soy sospechoso, me retiraré.» «No, le contestan, venid al palacio real para que os juzguen.» Flesselles obedece; agítase la multitud, rodéale y le oprime; al llegar al muelle Pelletier, un desconocido le dispara un pistoletazo, derribándole en tierra. Preténdese que se ha encontrado en la persona del gobernador de la Bastilla una carta en la que Flesselles le decía: «Resistid siempre, mientras que yo divierto al pueblo con las escarpelas.»

Tales habían sido los desgraciados acontecimientos de aquel día. A la embriaguez de la victoria sucedió bien pronto un sentimiento de terror; los vencedores de la Bastilla, asombrados de su audacia, y temiendo encontrarse al día siguiente con la formidable autoridad, no se atrevían á darse á conocer. A cada instante se propalaba la noticia de que las tropas avanzaban para saquear á París. Moreau de Saint-Mery, el mismo que la víspera había amenazado á los forajidos con volar la casa Ayuntamiento, se mantuvo impassible, y dictó más de tres mil órdenes en pocas horas. Apenas se supo la toma de la Bastilla en el Ayuntamiento, los electores dieron cuenta á la Asamblea, que tuvo noticia del he-

cho á eso de media noche. En aquel instante estaba suspendida la sesión, pero la noticia circuló con rapidez. La corte, que hasta entonces no creyó en la energía del pueblo, reíase de los esfuerzos de una multitud ciega que trataba de apoderarse de una fortaleza inútilmente sitiada en otro tiempo por el gran Condé; todos estaban tranquilos sobre este punto y rivalizaban en sus burlas. Sin embargo, el rey comenzaba á inquietarse; sus últimas contestaciones daban á conocer su pena cuando se retiró á descansar. El duque de Liancourt, tan conocido por sus sentimientos generosos, era el amigo particular de Luis XVI, y en su calidad de jefe del guardarropa, podía acercarse siempre al monarca. Instruído de los acontecimientos de París, fué á verle inmediatamente; despertóle á pesar de la oposición de los ministros, y le refirió cuanto ocurría. «¿De qué motín habláis?», exclamó el príncipe. «Señor, repuso el duque de Liancourt, decid más bien revolución.» Iluminado el rey por las observaciones de su favorito, consintió en dirigirse por la mañana á la Asamblea; la corte cedió también, y acordóse en general este acto de confianza. En el intervalo había proseguido la Asamblea su sesión; ignorábase cuáles serían las nuevas disposiciones inspiradas al rey, y se pensaba enviarle la última comisión para tratar de conmovertle y obtener todo lo que aun se necesitaba. Esta comisión era la quinta desde que dieron principio los funestos acontecimientos; componíase de veinticuatro individuos y ya iba á marchar, cuando Mirabeau, más vehemente que nunca, la detiene exclamando: «Decid al rey que las hordas extranjeras que nos invaden han sido visitadas ayer por los príncipes, las princesas, los favoritos y las favoritas, quienes les han dispensado sus halagos, sus exhortaciones y obsequios. Decidle que esos satélites extranjeros, repletos de oro y de vino, nos han anunciado durante toda la noche, con sus impíos cánticos, el servilismo de toda la Francia, y que en sus brutales deseos invocan el aniquilamiento de la Asamblea Nacional. Decidle que en su palacio mismo han bailado los cortesanos al compás de esa música bárbara, y que tal fué el preludio de la terrible noche de San Bartolomé!»

«Decidle, en fin, que ese Enrique, cuya memoria bendice el universo entero, que aquel de sus abuelos de quien quiso tomar ejemplo, enviaba víveres á la capital amotinada mientras la sitiaba personalmente; y que sus feroces consejeros impiden la llegada de las harinas que el comercio destina para el fiel París, aguijoneado por el hambre.»

La diputación iba á salir ya para presentarse al rey, cuando se anuncia que llega éste en persona sin escolta y sin guardias. Entonces resuenan los aplausos. «Esperad, exclama Mirabeau gravemente, á que el rey nos dé á conocer sus buenas disposiciones. En este momento de dolor, un lúgubre silencio debe ser la primera acogida al monarca, porque el silencio de los pueblos es la lección de los reyes.»

Entonces se presenta Luis XVI seguido de sus dos hermanos. Su discurso, sencillo y patético, excita el mayor entusiasmo; tranquiliza á la Asamblea, dándola por primera vez el nombre de *nacional*; quéjase con dulzura de la desconfianza que ha inspirado, y acaba diciendo: «Habéis temido; ¡pues bien!, yo soy el que se confía á vosotros.» Estas palabras son acogidas con ruido-

osos aplausos; levántanse al punto los diputados, rodean al monarca y le acompañan á pie hasta el castillo. La multitud se oprime alrededor del grupo; brotan las lágrimas de todos los ojos, y apenas puede el rey abrirse paso á través de aquel numeroso acompañamiento. La reina, asomada en aquel instante al balcón, contempla desde lejos la patética escena; tiene á su hijo en brazos, y junto á ella está su hija, que juguetea con el rizado cabello de su hermano. La princesa, muy conmovida,

con una corona de flores, y recibió todos aquellos homenajes frente al sitio mismo donde había expirado su padre con una mordaza en la boca.

Por la muerte del desgraciado Flesselles, jefe de la municipalidad, y por la negativa del duque de Aumont al ofrecerle el mando de la milicia urbana, quedaban vacantes la plaza de preboste y la de comandante general. Bailly, designado desde luego en medio de las más vivas aclamaciones, fué nombrado sucesor de Fles-



Lally-Tolendal

parece deleitarse ante aquel cariño de los franceses. ¡Ay!, ¡cuántas veces ha reconciliado ese mutuo enterneamiento á los corazones durante aquellas funestas discordias! Por un instante pareció olvidado todo, pero al día siguiente, aun el mismo día, recobró la corte todo su orgullo y el pueblo su desconfianza; el odio implacable se enseñoreó otra vez de los corazones.

Habiase hecho la paz con la Asamblea, pero restaba hacerla con París. Aquella envió desde luego una diputación al Ayuntamiento para anunciar la feliz reconciliación efectuada con el rey. Bailly, Lafayette y Lally-Tolendal figuraban entre los enviados, y su presencia produjo la mayor alegría.

El discurso de Lally inspiró tal entusiasmo, que le llevaron en triunfo á un balcón de la casa Ayuntamiento para que el pueblo le viera; ornaron su cabeza

selles con el título de alcalde de París. La corona que había adornado la cabeza de Lally pasó á la del nuevo funcionario; éste quiso despojarse de ella, pero el arzobispo de París se lo impidió. Entonces se agolparon las lágrimas á los ojos del virtuoso anciano, y resignóse á desempeñar sus funciones. Digno representante de una gran Asamblea, y en presencia de la majestad del trono, sentíase menos capaz de resistir á los embates de una comunidad en que la multitud luchaba tumultuosamente contra sus magistrados. No obstante, sacrificándose por los demás, iba á consagrarse al difícil asunto de las subsistencias, para alimentar á un pueblo que debía pagarle después con la más negra ingratitud. Faltaba nombrar un jefe para la milicia: en el salón había un busto enviado por la América libre á la ciudad de París; Moreau de Saint-Mery le muestra con la mano, y

todas las miradas se fijan en él; era el del marqués de Lafayette, y un grito general le proclama comandante. Acto continuo se vota un *Tedum*, y la multitud se dirige á la iglesia de Nuestra Señora.

Los nuevos magistrados, el arzobispo de París y los electores, mezclados con los guardias franceses y los individuos de la milicia, se ponen en marcha cogidos del brazo, y llegan á la antigua catedral dominados por una especie de embriaguez.

En el camino, varios niños expósitos se arrodillaron á los pies de Bailly, que había trabajado mucho en favor de los hospitales, y llamáronle padre, á cuya manifestación correspondió el virtuoso anciano estrechándolos en sus brazos y dándoles el nombre de hijos. Llegada la multitud á la iglesia, celebróse la ceremonia, y cada cual fué á recorrer después la ciudad, donde había sucedido al terror de la víspera una frenética alegría. En aquel momento acababa el pueblo de visitar el antro, por tanto tiempo temido, cuya entrada estaba entonces abierta. Recorrióse la Bastilla con ávida curiosidad y cierta especie de terror; buscábanse instrumentos de suplicio y profundos calabozos; y todos se detenían particularmente ante una enorme piedra situada en el centro de uno de aquéllos, muy lóbrego y húmedo, en el cual estaba fija una gruesa cadena.

La corte, tan ciega en sus alarmas como lo estuvo en su confianza, temía tanto al pueblo, que á cada instante se imaginaba ver á un ejército parisiense marchando contra Versalles. El conde de Artois y la familia de Póignac, tan querida de la reina, marcharon entonces de Francia y fueron los primeros emigrados. Bailly se presentó á dar seguridades al rey, invitándole á ir á París, á lo cual accedió, á pesar de la resistencia de la reina y de la corte.

El rey se dispuso á marchar, habiéndose encargado de acompañarle doscientos diputados, y la reina se despidió de él con profunda pena. Los guardias de corps

le escoltaron hasta Sevres, donde debían esperar su regreso, y Bailly, á la cabeza del Ayuntamiento, le recibió á las puertas de París para presentarle las llaves, ofrecidas en otro tiempo á Enrique IV. «Aquel buen rey, le dijo Bailly, había conquistado á su pueblo, y el pueblo es quien conquista hoy á su rey.» La nación, legisladora en Versalles, estaba armada en París. Al entrar Luis XVI, vióse rodeado por una multitud silenciosa y regimentada, y llegó á la casa Ayuntamiento pasando bajo una bóveda de espadas, que se cruzaban sobre su cabeza como para hacerle los honores. Su discurso fué sencillo y conmovedor: el pueblo, que no podía contenerse más, estalló al fin, colmando al rey de frenéticos aplausos. Estas aclamaciones aliviaron un poco el corazón del príncipe; mas no pudo disimular un movimiento de alegría al distinguir á los guardias de corps, situados en las alturas de Sevres. Al regresar, abrazóle la reina tiernamente, cual si hubiera temido no volver á verle jamás.

Para satisfacer por completo el deseo público, Luis XVI dispuso que volviera Necker, despidiendo á los nuevos ministros. Mr. de Liancourt, amigo del rey y su más útil consejero, fué elegido presidente por la Asamblea: los diputados nobles, que aun asistiendo á las deliberaciones rehusaban siempre tomar parte en ellas, dieron por fin su voto; y así se efectuó la fusión de las clases. Desde aquel momento podía considerarse como consumada la revolución, pues la nación, dueña del poder legislativo por la Asamblea y de la fuerza pública por sí misma, hallábase en estado de realizar en adelante cuanto fuera útil á sus intereses. Rehusando la igualdad del impuesto, habíanse hecho necesarios los Estados Generales; al no admitir una justa distribución de la autoridad en éstos, perdióse toda la influencia, y queriendo por último recobrarla, se sublevó á París, excitando á la nación entera á que se apoderase de la fuerza pública.

CAPÍTULO III

Ocupaciones de la municipalidad de París.—Lafayette, comandante de la guardia nacional.—Su carácter y papel que representó en la revolución.—Asesinatos de Foulón y de Berthier.—Vuelta de Necker.—Situación y división de los partidos y de sus jefes.—Mirabeau; su carácter, sus proyectos y su genio.—Los forajidos.—Disturbios en las provincias y en los campos.—Noche del 4 de agosto.—Abolición de los derechos feudales y de todos los privilegios.—Declaración de los derechos del hombre.—Debate sobre la constitución y el *veto*.—Agitación en París.—Reunión tumultuosa en el palacio real.

Todo seguía agitándose, sin embargo, en el seno de la capital, donde acababa de establecerse una nueva autoridad. El mismo movimiento que había impulsado á los electores á obrar, impelía á todas las clases á proceder del mismo modo. La Asamblea fué imitada por el Ayuntamiento, y éste por los distritos, y después por las corporaciones. Sastres, zapateros, tahoneros y criados, reunidos en el Louvre, en la plaza de Luis XV y en los Campos Elíseos, deliberaban en forma, á pesar de las reiteradas prohibiciones de la municipalidad. Combatida esta última por los distritos, en medio de tan contrarios movimientos, é inquietada por el palacio real, hallábase rodeada de obstáculos, y apenas podía atender á todos los deberes que le imponía su inmensa administración. Asumía á la vez por sí sola la autoridad civil, la judicial y militar, y en su recinto se hallaba igualmente el cuartel general de la milicia. Los jueces, poco seguros al principio respecto á sus atribuciones, le enviaban sus acusados, pues también tenía la potestad legislativa en el mero hecho de haberse encargado de hacer una constitución. Para este trabajo había pedido Bailly á cada distrito dos comisionados, quienes con el nombre de representantes de aquél debían contribuir á formarla. Á fin de atender á tantos asuntos, los electores formaron diversos comités: uno tomó el nombre de *Comité de indagaciones*, llamóse el otro *Comité de policía*, y un tercero *Comité de subsistencias*, que debía ocuparse del abastecimiento de la ciudad, tarea la más difícil y peligrosa de todas. Bailly se ocupó en ella día y noche: era preciso hacer continuamente compras de trigo, molerle después, y transportarle en seguida á París á través de los campos, llenos de gente hambrienta. Los convoyes eran detenidos á menudo, y necesitábanse numerosos destacamentos para impedir el pillaje en los caminos y mercados. Aunque el Estado vendía los trigos con pérdida para que los panaderos pudieran rebajar el precio del pan, la multitud no estaba satisfecha; era preciso disminuirle siempre, y la escasez de París aumentaba por esta disminución misma, porque la gente del campo acudía presurosa para abastecerse. El temor de que faltase al día siguiente inducía á cada cual á proveerse con abundancia, y lo que se acumulaba en las manos de unos, faltaba necesariamente á los demás. La confianza es la que apresura las operaciones comerciales, la que acelera la llegada de los comestibles, facilitando su distribución por igual; pero

cuando aquélla desaparece, cesa la actividad del comercio; los artículos no se anticipan á las necesidades; éstas se irritan, agregando la confusión á la escasez, é impiden que se pueda distribuir bien lo poco que resta. El servicio de las subsistencias era, pues, el más penoso de todos: Bailly y su comité sufrían los más crueles apuros; su incesante trabajo no bastaba para satisfacer las necesidades del día; y al siguiente se ofrecían las mismas dificultades.

No estaba menos apurado Lafayette, comandante de la milicia urbana. Había incorporado á esta milicia los guardias franceses fieles á la revolución, cierto número de suizos y muchos soldados que desertaban de los regimientos con la esperanza de obtener más paga, pues el rey mismo dió la autorización. Estas tropas reunidas compusieron lo que se llamó *compañías del centro*; la milicia tomó el nombre de *guardia nacional*, vistió uniforme y agregó á los dos colores rojo y azul de la escarapela parisiense, el blanco que era el del rey. Esta fué la escarapela tricolor cuyo destino predijo Lafayette, anunciando que daría la vuelta al mundo.

A la cabeza de estas tropas se esforzó Lafayette durante dos años consecutivos en mantener la tranquilidad pública, haciendo cumplir las leyes que la Asamblea decretaba diariamente.

Lafayette, hijo de una antigua familia que se había conservado pura en medio de la corrupción de los grandes, estaba dotado de un carácter recto y enérgico; y amante de la verdadera gloria, disgustáronle muy pronto las frivolidades de la corte y la pedantesca disciplina de nuestros ejércitos. No ofreciéndole la patria oportunidad de satisfacer sus nobles aspiraciones, resolvió tomar parte en la empresa más gloriosa del siglo, y partió para América al día siguiente de circular por Europa la noticia de que se había sometido. Allí combatió al lado de Washington y contribuyó á la independencia del Nuevo Mundo por la alianza de Francia. Al regresar á su país con una nombradía europea, y recibido en la corte cual si fuese extranjero, mostróse tan sencillo é independiente como un americano. Cuando la filosofía, que no había sido para los nobles más que un pasatiempo de la imaginación, exigió de su parte sacrificios, Lafayette, casi solo, persistió en sus aficiones, pidió los Estados Generales, contribuyó poderosamente á la reunión de las clases, y en recompensa fué nombrado comandante en jefe de la guardia nacional.